

EL NIÑO

REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

Dr. Bartolomé Gómez Plana

COLABORADORES:

EXCMO. SR. D. LUIS DE LUNA,
Juez de Instrucción.

ILMO. SR. D. SEBASTIÁN MARTÍNEZ
DE PINILLOS, Jurisconsulto.

SR. D. MANUEL GUERRERO,
Catedrático de Filosofía.

SR. D. FILEMÓN BLÁZQUEZ,
Inspector de 1.ª Enseñanza.

DR. D. SERVANDO A. DE DIOS,
Publicista.

DR. JOSÉ M. PÉREZ SARMIENTO,
Consul de Colombia.

DR. D. JUAN REINA Y CASTRILLÓN,
Médico de la Benefic. Municipal.

D. ENRIQUE MIRANDA Y SÁNCHEZ,
Alumno de Medicina.

CORRESPONDENCIA: SAGASTA, 12.

SUMARIO

La educación de los anormales y las Religiosas Franciscanas, Dr. Ricardo Royo Villanova.—*Habitación, decúbito y vestidos del niño enfermo*, F. Quiñones.—*Los niños y la vacuna antialfa*, Dr. Gómez Plana.—*Exageraciones, errores y espíritu de sistema en educación física*, Dr. Maurice Boigey.—*Alelnyas educativas*, B. de Ardilla.—*Pipotès, tetinas y biberones*, Gopla.—*Varias*.—*Folleto: El verdadero pastel*, (conclusión), novela por Luis de Luna.

SUSCRIPCIÓN

En Cádiz: Un mes 0'75 ptas.
Fuera : Trimestre 3

PAGO MENSUAL.

Año II.

Cádiz: Mayo de 1922

N.º 14

EL NIÑO
REVISTA MÉDICO-SOCIAL

DIRECTOR

DR. BARTOLOMÉ GÓMEZ PLANA

PUBLICACIÓN MENSUAL

Año II

Cádiz: Mayo de 1922

Núm. 14



Una penitente de 6 meses

La educación de los anormales y las Religiosas Franciscanas

¡A qué gratitud más grande y a qué respeto más profundo se hacen acreedoras en la Tierra y qué paz más venturosa ganan para el Cielo estas hijas de S. Francisco, que tan bien emplean para con Dios y los hombres sus cinco sentidos, despertando en nombre de Aquél que todo lo puede los sentidos dormidos en las tinieblas y en el silencio de estos seres, y no se contentan con dedicar al cielo sus actividades, sino que hacen surgir actividades nuevas en la quietud y en la vacuidad de los anormales para encauzarlas por caminos de salvación tornando la rebeldía desesperante del postergado en amor y gratitud hacia los ángeles de caridad que les colocaron a su nivel para conocer a Dios y para amarlo por consiguiente!

Permitidme que para que se aprecie debidamente esta labor y estimándola en lo que vale, se le dé ambiente de protección y la gratitud de almas bien nacidas, diga algo de lo que son y significan los ciegos, los sordos, los mudos, verdaderas espumas de ese inmenso y amargo océano de la degeneración y de la anormalidad, en cuyos bajos fondos se zambullen los idiotas, los imbéciles, los epilépticos, los impulsivos, los criminales; aquellos a quienes la obsesión les avasalla, estos otros a quienes la eterna duda los intranquiliza, los degenerados, en fin.

Al formarse en el límite misterioso que sirve de frontera a esos dos misteriosos imperios, el del *ser* y el de no *ser*, nuestros tejidos y nuestros órganos, elementos con los cuales exteriorizará sus energías el soplo del espíritu que a la materia informa y que de ella se sirve, ocurre una suspensión en el desarrollo de nuestro cerebro, cosa insignificante al parecer en ésta o en la otra porción de la superficie de nuestros sesos delicadísimos, pero verdadero cataclismo de índole moral, intelectual y social para la vida del individuo y de las colectividades, pues cuando el niño viene a la vida y sigue el desarrollo independiente de su ser, nota y deja notar que o sus órbitas están vacías o rellenas de un muñón grisáceo y lechoso que inspira al mismo tiempo lástima y repugnancia, o engarzando *ojos claros serenos* como los que cantó el poeta, pero completamente cerrados a la luz que aumentan a nuestra compañía todo lo que dejan repugnar a nuestra vista. Y esto que a los ciegos de nacimiento les ocurre con la vista, ocurre a los sordos con el oído y a los idiotas con la atención y a los imbéciles con la memoria y a los epilépticos con el juicio y a los criminales con el sentido moral.

Estos son los degenerados y los anormales, verdaderos seres inferiores de nuestra especie a virtud de un desarrollo suspendido en su evolución normal,

seres que vienen al mundo sin haber terminado todavía de pertrecharse en su integridad y en toda su amplitud de aquellos mecanismos orgánicos mediante los cuales el espíritu humano tiende al conocimiento de los supremos ideales luchando, con las armas de su cerebro bien organizado, contra el error que constantemente le asedia en todas sus formas.

Seres desarmados para esta lucha, faltos de medios para el constante batallar de la vida.

Antes que Jesús viniese al mundo, a estos ineptos se les aniquilaba, se les quitaba de en medio despeñándolos desde las alturas espartanas, o sumergiéndolos en los mares griegos o sofocándolos en Roma con incendios devastadores sin ver en ellos la llama de la vida, capaz, si se le conduce por buen camino, de iluminar con resplandores de genio la senda de la civilización.

Pero vino Cristo el gran Redentor y su amor divino no sólo quiso redimirnos del pecado, sino de la esclavitud, de la ignorancia y de la miseria, y por consiguiente puso su amor y su voluntad redentora en estos anormales, en quienes por su falta de desarrollo de cerebro o de sentidos, se da el conjunto más lamentable de miseria, de ignorancia, de esclavitud y de malas tendencias morales, y dió por sí sólo vista a los ciegos, oído a los sordos, palabra a los mudos y la semilla de su amor a estos desvalidos creció trece siglos después en la florecilla silvestre de S. Francisco de Asís, y dos siglos más tarde en la pacientísima caridad de otro fraile bendito que se llamó Ponce de León, y en pos de ellos y después de ellos, una pléyade de corazones generosos y de inteligencias despiertas entre las que se destacan los religiosos y los monjes, por que ellos más que los otros, saben que Dios, para contrarrestar la falta de la luz del sol ante los ojos de los ciegos, puso en su alma la luz de la gracia y para compensar la ausencia de sonidos puso en los sordos la voz de su conciencia y para consolarlos de su imposibilidad de comunicarse por palabras, puso en los mudos el lenguaje interior.

Por eso decía hace un momento, que dentro de los anormales son ellos la espuma, y que sordos, ciegos y mudos aparecen como privilegiados entre la multitud de niños degenerados, por llevar en la luz de su alma, en la voz de su conciencia y en su lenguaje interior, la levadura santa que manejada por manos amorosas y expertas levantará la masa de su inteligencia hasta las mayores alturas de la vida de relación.

Tan cierta es esta superioridad de los ciegos y de los sordo-mudos sobre los demás anormales, que yo me atrevo a establecer una diferencia capital entre éstos y aquellos, a saber: que los sordo-mudos y los ciegos son anormales, pero no degenerados, y todos los demás de la agrupación son anormales y degenerados a la vez.

En efecto, el ciego y el sordo-mudo tienen alguna vez trastornos en su inteligencia y en su carácter por estar interceptadas una de las dos vías más importantes para el acarreo de imágenes con que el espíritu se nutre mediante estados de conciencia elaborados con aquellos elementos de la impresión, de la sensación y de la percepción que hicieron decir a Santo Tomás y antes a Aristóteles que nada hay en la inteligencia que no haya entrado antes por los sentidos.

Pues bien, si falta uno de esos sentidos y precisamente uno de los más importantes, el de la vista, que nos dá a conocer los tamaños, las distancias, las formas, los colores, el movimiento y la quietud; el del oído que nos informa de lo próximo y de lo remoto, del sonido y del silencio de los ruidos y de la vacuidad, de los tonos, de las intensidades y de los timbres, de lo melódico y de lo armónico, del ritmo en fin; ¿qué tendrá de extraño que aquella inteligencia débilmente nutrida con exclusión de las sensaciones más vigorosas de cuántas puedan llegar para integrarla, se muestre defectuosa y rudimentaria?

Pero esto será no porque la disposición del espíritu del ciego o del sordo de nacimiento sea defectuosa, ni siquiera debilitada, no porque le falten condiciones para atender, percibir, contrastar y juzgar, si no porque no llega el caudal de sensaciones a causa de estar interceptada la vía de aquel acarreo.

En cambio el idiota, el imbecil, el demente precoz, el obcecado, el que duda, el impulsivo, el epiléptico, son anormales degenerados porque en ellos, lo que está perturbado, no es el acarreo de sensaciones, pues todas ellas llegan por sentidos despiertos y viables, sino el centro receptor, el encargado de apreciarlas, de conocerlas, de contrastarlas, de juzgarlas, en fin.

Es decir, que nuestros sordo-mudos y nuestros ciegos tienen estómago, pero no tienen comida, pueden digerir perfectamente, pero no tienen alimentos que llevarse a la boca, mientras los degenerados tienen alimentos, pero no tienen ni apetito que los saboree, ni estómago que los digiera.

¿Y que es el apetito, el hambre, el deseo de nutrirse, el anhelo de vigorizarse en lo que se refiere a la inteligencia? Pues el apetito de la inteligencia es la atención.

Con apetito se come.

Con atención se aprende, y de la misma manera que lo que se come con hambre se digiere bien, hace buen provecho y se asimila perfectamente, así lo que se escucha o lo que se mira con atención se comprende bien, hace buen provecho al espíritu y se asimila a la inteligencia con toda perfección.

Pues bien, hay pocos seres tan atentos como los ciegos y como los sordo-mudos. Quizás lo son más que la mayoría de los normales.

En cambio los degenerados son desatentos, distraídos, inconstantes, agitados, inquietos.

Y esta es la razón de que éstos sean más difíciles de instruir y de educar que aquéllos.

En nuestra España, la educación de los anormales degenerados no ha preocupado como debiera ni a los pedagogos ni a los gobiernos, y esta es la causa de que los manicomios estén llenos y los presidios abarrotados y hasta que digan aquellas frases de que *no están todos los que son, ni son todos los que están*.

Lo primero que se ha hecho en esta importantísima materia son los proyectos que se contienen en el discurso del ministro de Instrucción pública y Bellas Artes, pronunciando en el Ateneo de Madrid, sobre la creación del Cuerpo de médicos inspectores de las Escuelas.

«Nosotros no conocemos, desgraciadamente, dice el ministro, en España, hasta el día, los beneficios de la enseñanza especial para los anormales que dis-

minuya las faltas orgánicas que una triste herencia les ha llegado o a quienes la fatalidad les ha sorprendido. Los sordo-mudos y los ciegos no son los únicos anormales, hay otros muchos que no pueden seguir el desarrollo de la instrucción ni los ejercicios físicos impuestos a los demás discípulos. El médico, de acuerdo con el maestro, deberá designarlos, separarlos, para que no se confundan con los otros, a fin de que se les dé una enseñanza adecuada para ponerlos en tales condiciones que puedan recibir la instrucción y la educación exigidas por sus anomalías. Estas serán fácilmente modificadas, para la mayoría, si se procede con inteligencia y perseverancia. Tal será la obra inicial de la inspección médica escolar.»

En otros países, principalmente Bélgica, Inglaterra y Alemania, esta clasificación de anormales y deficientes a que hace referencia el apartado C del capítulo II del art. 2.º de la disposición publicada en la *Gaceta* de 25 de Septiembre, se hace en cuatro grupos:

- 1.º Desarrollo físico insuficiente y anormal.
- 2.º Indisciplina continua y profunda.
- 3.º Dos o tres años de retraso en los estudios.
- 4.º Faltas de pronunciación.

Para establecer el diagnóstico se usan diferentes procedimientos, entre los cuales descuellan desde el punto de vista psicológico el de los *tests* en serie de Binet, el de los pequeños aparatos de alambre y anillos de Rosolimo y el de los llamados puzler o rompecabezas clásicos que Decroly designa con el nombre de pruebas de juicio sin lenguaje.

Para conseguir su instrucción y educar es necesario:

- 1.º Darles una enseñanza especial separadamente de los individuos normales.
- 2.º Sus clases deben desarrollarse en un tiempo mínimo de cuatro años.
- 3.º Cada sección no constará de más de 24 alumnos.
- 4.º El programa de estudios debe representar una enseñanza integral y completa y debe tener un carácter práctico y utilitario, reduciéndose a las cosas esenciales, a los conocimientos más indispensables en la vida.
- 5.º El método será intuitivo, experimental y activísimo.

El maestro debe dirigirse a los diferentes sentidos de los discípulos y principalmente al sentido muscular.

Los discípulos deben aprender sus nociones por medio del dibujo y de los trabajos manuales, por ser éste el mejor medio de forzar su atención: los motivos de las lecciones deben estar estrechamente asociados.

6.º La disciplina se consigue siempre dando una enseñanza interesante y obrando siempre con justicia y con firmeza.

7.º El personal de maestros debe elegirse entre los mejores y los de más vocación, entendiéndose por mejores los más aptos y por consiguiente no solamente los más inteligentes, sino los de mayor moralidad. En Bélgica, cada uno de éstos maestros, tienen un sobre sueldo mensual de 100 pesetas.

8.º Los más recalcitrantes entre los retrasados, los degenerados más intensos, éstos deberán instruirse y educarse no sólo en clases aparte, sino en los

edificios aislados llamados por los alemanes *Hilfschule* y los maestros deberán ser médicos y religiosos, instruidos por aquéllos en los ejercicios de los sentidos, en la ortofonia y en la ortopedia, preliminares obligados a los juegos educativos, al dibujo y a las ocupaciones manuales mediante las cuales puede conseguirse la enseñanza de la lectura, la escritura y el cálculo, insistiendo en la educación moral la más importante de todas y que se refiere a los buenos hábitos.

La enseñanza en lo que yo llamo anormales no degenerados, es otra cosa: cuéntase para ello con la dificultad que acarrea la falta de la vista o la del oído, pero en cambio tenemos a nuestro favor la inteligencia despierta, la atención decidida, el apetito psicológico o deseo de aprender, el estómago psíquico u órgano para digerir y asimilar y todo se reduce a satisfacer aquel apetito sirviéndose de las vías libres, que siempre hay alguna, para llevar por ellas los elementos que no podemos acarrear por aquellas otras vías inutilizadas.

Ya lo dijo un aragonés insigne del siglo XVII, Juan Pablo Bonnet, en el prólogo que puso a su obra *Reducción de las letras y arte para enseñar a hablar a los mudos*, primer libro impreso que se conoce sobre la materia... «empecé a discurrir con particular advertencia contemplando, examinando y tentando la naturaleza por todas las partes que parece se reparte en los demás sentidos y potencias lo que quita a alguno... hallé al fin vía secreta por donde entrar y camino llano por donde salir.»

Sacar todo el partido posible de la vista en los sordos y del oído en los ciegos, y en ambos, del tacto y del sentido muscular.

El tacto, el tacto sobre todo, es el sentido más extendido en la naturaleza, y dentro de nuestra especie humana el que abarca más extensión en nuestro organismo y, si bien se considera, la vista y el oído, como el olfato y el gusto, son tactos más diferenciados y más exquisitos que perciben a mayor distancia que el tacto propiamente dicho, las modificaciones de los cuerpos y aprecian calidades de aquéllas que el tacto vulgar y rudimentario no puede apreciar.

Así del ciego, a puro de cultivar el oído, se hace un músico exquisito y del sordo, a fuerza de ejercitar la vista, se hace un pintor, un escultor, un dibujante, y de ambos tipos de anormales se consigue por medio del ejercicio del sentido muscular y del tacto en constante ejercicio, seres de sensibilidad exquisita capaces de emociones hondas y sanas como nosotros no las podemos ni sospechar siquiera.

Estos son los procedimientos por los cuales estos ángeles de amor y de caridad, hijas del Seraffín de Asís, sacan de la vida vegetativa de los desgraciados, la vida de relación de los individuos que han de vivir en sociedad.

Ellas son por lo menos tan madres ellas como las que los concibieron, y no digo que los *dieron a luz*, porque tratándose de pobrecitos ciegos, la frase resultaría un sarcasmo. Sin su colaboración benditísima serían vegetales movibles, árboles ambulantes, flores andariegas que como aquéllas ni ven, ni oyen, ni hablan; gracias a estas hermanas y madres se comportan como si hubiesen nacido de ellas.

Y es natural que así sea, ellas son las hijas predilectas de San Francisco, como el fundador de la Porciúncula fué el más fiel imitador de Cristo en la tierra.

Al igual que Jesús tuvo las cinco llagas representantes de nuestros cinco sentidos y ellas, las Franciscanas, sus discípulas, tienen como nadie el privilegio de continuar su obra milagrosa, y como El en Jerusalén, ellas aquí dan vista a los ciegos, oído a los sordos, palabra a los mudos.

El espíritu del santo, a quien se llamó el segundo Cristo, ha influido como nadie en las grandes empresas de España. Vázquez Mella, al recordarlo en su magnífico discurso de San Francisco el Grande, habla de Raimundo Lulio, ese gran pedagogo cuyo nombre en este orden de consideraciones figura junto al de Pestalozzi y al de Froebel, como insigne franciscano que, antes que nadie, armonizó la ciencia con la Fé y nos cuenta luego como fin en la Rábida donde se fraguó el descubrimiento de América por los franciscanos Pérez y Marchena, y cuando queremos ir a África es otro franciscano insigne, el gran Cardenal Cisneros, quien a costa de su peculio sostiene la expedición y conquista de Orán, y luego, más tarde, añado yo, no bastando para su gloria la conquista de la Ciencia por la Fé, la posesión de un continente y el descubrimiento de un mundo, emprende la Orden Franciscana, la ímproba empresa de transformar un reino de la naturaleza en otro, que esto significa infundir la vida de relación en la puramente vegetativa de estos míseros desgraciados, y aun hace más, convierte a los hombres en ángeles, pues al revés del Glindssor de Parsifal, que daba voz y palabra a las flores para seducir al pecador en su jardín encantado, estas flores admirables de la desgracia emplean la palabra y la voz para cantar alabanzas, gratitudes y glorias a su Redentor divinísimo.

DR. RICARDO ROYO VILLANOVA

Habitación, decúbito y vestidos del niño enfermo

Para que el niño enfermo recupere la salud, hace falta la cooperación de distintos factores; así, a más del medicamento, que actúa directamente sobre el agente patógeno; a más de la terapéutica sintomática y de la profilaxis de las complicaciones: a más del adecuado plan dietético, son de rigor ciertos cuidados higiénicos, que por ser con frecuencia desestimados, pueden resultar ineficaces los restantes recursos que se empleen. Colocar al niño enfermo en el medio higiénico más idóneo, de tal manera que la actuación del mismo facilite la curación y queden alejadas las influencias nocivas, ese es nuestro ideal.

Hay enfermitos que necesitan estar reclusos en casa, y esta reclusión será o no severa, durará más o menos, según su estado, que le obligará a guardar cama, a no salir de la habitación o determinadas habitaciones, a salir al aire en ciertas horas solamente, etc.

La familia procurará siempre cumplir las órdenes del médico con toda exac-

titud. Suele en ello haber algunos escollos, y los que merecen alguna consideración son los que dependen del mismo niño, o mejor dicho, de las deficiencias de educación que éste tenga. Los padres necesitan fomentar en los niños una virtud y obligación al par, tan absolutamente precisa, que el grado que de ella posea el niño casi puede decirse que es la medida más aproximada de su educación; se trata de la obediencia; no hay nada más antipático que un niño rebelde que se opone tenazmente a todo; un niño que es el reyezuelo, el tirano de su casa. Cueste lo que cueste, hay que vencer esa rebeldía; más, tratándose de asunto tan principal como el de la salud.

El local que ocupe el niño enfermo debe ser cuidadosamente elegido y adaptado. Amplitud; claridad, susceptible de ser moderada; ventilación, sin corrientes sensibles; temperatura conveniente, con escasas oscilaciones; cierto grado de humedad; ausencia de polvo, y si es posible, dos habitaciones para alternar durante la limpieza. No es nunca conveniente haya muchas personas en la habitación, con mayor razón si la enfermedad es grave. La limpieza del suelo se hará sin levantar polvo, usando lienzos húmedos y evitando la clásica escoba.

Si siempre no puede disponerse de habitación adecuada, no es difícil muchas veces adaptarla, y de mala, convertirla en aceptable, empleando algunas medidas a ello encaminadas y que sugieren fácilmente las circunstancias.

Si el niño puede circular por la casa se evitará siempre su paso, y menos estancia, en las habitaciones que se estén limpiando (polvo, corriente); en la cocina (humo), diferencias bruscas de temperatura, y muchas veces en el comedor a horas de comidas, porque, o bien el niño pasa un mal rato al ver comer a los demás lo para él vedado, o bien los padres, para que no lloren, olvidan los consejos o imperiosos mandatos del médico.

Los niños enfermos que pueden salir de paseo, deberán atenerse a la prescripción hecha en cuanto a hora, duración, sitio, frecuencia y día.

No es indiferente la posición que el niño adopta en la cama, ni la duración de la estancia en la misma.

En ciertas afecciones, conviene variar el decúbito con frecuencia; en otras, respetar la posición que adopte; en ocasiones, vigilar sus movimientos y moderarlos o impedirlos.

Al tomarlos en brazos, debe hacerse con delicadeza, sin brusquedad, y colocando la cabeza en buena actitud, apoyada, y sin dificultar la respiración. Los baños serán siempre llevados a efecto por persona perita.

Objeto de especial cuidado debe ser la ropa de nuestros pequeños clientes.

Nunca, por ningún concepto, debemos tolerar que un niño esté vestido en cama; ésto es molestísimo, sucio, dificulta los movimientos respiratorios y la transpiración cutánea y expone a fugas que pueden traer funestas consecuencias. ¡Y qué diremos de los niños que encontramos en cama hasta con el calzado puesto!

No es preciso arroparlo con exceso en ningún caso, que a más de no ser útil, es un tormento más para el pobre enfermito.

Cuando sea preciso sacarlo de la cama, debe ir envuelto en una sábana y una manta, no debiendo nunca prescindirse de aquélla y pocas veces de ésta.

En cuanto a los juguetes, será preciso que no actúen como portadores de gérmenes; los juguetes de papel y de construcción casera que van de la cama al fuego, deben ser elegidos por muchas razones, principalmente en las afecciones infecto-contagiosas.

El enfermo que puede salir a la calle deberá usar los vestidos recomendados para el sano, aunque no estén muy de moda, y a más alguna prenda de abrigo, si su afección lo requiere, y huir siempre de los extremos defecto y exceso y de los cambios bruscos.

F. QUIÑONES

Los niños y la vacuna antialfa

Algunos fisiólogos y bacteriólogos andan en estos días a la greña, con motivo de la vacuna antialfa del Dr. Ferrán y de un acuerdo de la Junta de protección a la Infancia de Madrid, aprobando la experimentación clínica en la Casa de Expósito.

Hay apasionamiento y falta por tanto, serenidad del juicio.

Al capítulo de las vacunas y sueros antituberculosos, le falta mucho para estar concluido y dentro de no mucho tiempo a juzgar por los indicios, habrá que restar gran parte de las afirmaciones que hoy se hacen.

La clínica necesita del laboratorio y le manda material de estudio y comprobación; del laboratorio pasa a la clínica y ésta es la que dice la última palabra, pues no siempre andan acordes (como en todas las cosas humanas), laboratorio y clínica; a ésta, no le está vedado *in vivo* la experimentación, dentro de límites prudentes; experimentación, que es muchas veces a diario, el tanteo, el acoplamiento o periodo oscilatorio de incertidumbre activa, del que salen con frecuencia hechos favorables al enfermo y adquisiciones para la Ciencia.

Yo (aunque reconociendo mi insignificancia para opinar) creo que ha hecho bien la Junta de Protección a la Infancia de Madrid aprobando la experimentación de la vacuna antialfa en las Casas de Expositos, por varias razones.

1.^a Que esa experimentación está ya en principio hecha por muchos médicos de España, y no se ha levantado la clamorosa y violenta protesta que fué consecutiva a las aplicaciones de la famosa vacuna de Koch, de la que sin embargo surgieron útiles aplicaciones en la práctica.

2.^a Porque el nombre de Ferrán, gloria española como lo es Cajal, da seria garantía a la experimentación sin que ésta signifique infalibilidad.

3.^a Porque no viene acompañado de los procedimientos charlatanescos en que aparecen la tuberculosis vencida y muerta, contra toda verdad de carácter general y con solo espíritu de mercantilismo anticientífico y comanditario.

4.^o Porque la experimentación en las Casas Cunas está subordinada a las reglas generales de aplicación gradual, con la que se impide todo serio peligro,

no hay que llegar con ella, a el medio microgramo de la más conocida tuberculina.

5.^a Que el elemento que presenta el Dr. Ferrán, es de los cuatro en series, el primero y menos activo.

6.^a Que la edad primera de la vida, es la más apropiado e importante para la experimentación porque de ella pa.ten muchas tuberculosis latentes, que en la pubertad, adolescencia y juventud, originan los más desastrosos efectos.

7.^a Que las facilidades de eliminación de elementos nocivos, son mayores res en la infancia.

8.^a Que es tan espantosa la mortalidad por la tuberculosis, verdadera lepra social, de la que es culpable la sociedad misma, que todo cuanto sea dar facilidades para la experimentación por los peritos, es poco.

9.^a Que en la suroterapia y vacunoterapia antituberculosa, no ha regido ni rige un método siempre riguroso, ni su aplicación se ha subordinado estrictamente al resultado en las cobayas.

10.^a Los productos de Auclair, Beranek, Vaillant, Spengler, Denys, Jacobs, Klebs, Hoffman, Marmorek, Maragliano Bruschetti y otros más (sueros y vacunas), que sería sobrado prolijo enumerar, unen a su diferencia de composición y preparación, conceptos inconciliables, lo que no obsta para aplicación al hombre, lo mismo los procedentes del ser humano, que bovino, aviario, y acuático, y están aceptados, aun distando mucho de haberse resuelto con ellos el problema.

11.^a Que hay opiniones favorables al uso de la vacuna antialfa entre los médicos y están basadas en su efecto sobre el enfermo.

12.^a Que no es único el voto de los bacteriólogos, sino también el de los prácticos.

13.^a Que la opinión del Dr. Mayoral, llena de lógica, aunque es adversa a la del Dr. Ferrán, no excluye la posibilidad de un efecto terapéutico dado el enlace de una serie con otra, de las comprobadas por el segundo, aunque así no lo aprecie este último.

Y como estas ligeras apreciaciones no tienen más objeto que el de manifestar mi conformidad con lo resuelto por la Junta de protección a la Infancia de Madrid, agregando que las pocas veces que he usado y uso la vacuna antialfa en los niños, no he tenido hasta la fecha motivo para arrepentirme, y creyendo que no es siempre el conejillo de Indias el juez (aunque sí la víctima) que decide el problema de la curación de los enfermos, terminaré copiando lo que bajo su responsabilidad exponen los doctores Soler, Roger Suria y Rossell y Vila en obra traducida de segunda edición.

»No debemos olvidar, que Ferrán fué el primero en vacunar contra el cólera y la fiebre tifoidea; el que habló de suroterapia antes que Behring, y si bien sus ideas fueron combatidas al principio, hoy se beneficia de ellas la humanidad entera.

»La vacuna antituberculosa de Ferrán consiste, pues, en cultivo muerto de varias razas de nuestras bacterias no ácido resistentes y de fácil cultivo, aisladas del hombre y de los bueyes. Ella previene con seguridad en los cobayas la

tantas veces nos llevaba pan y tan vivas simpáticas contaba entre nosotros, tenía un corazón de bronce o peña, tomando parte en trágicos preparativos que no se borrarán de mi memoria.

Un ánsar, atado; después, otro; después, otro; y para todos igual suerte...

Haremos que la tragedia se desarrolle como entre bastidores para evitar tan penosa narración y para no trazar una página literaria, capaz de producir impresión excesiva; pero diré el resultado de aquella faena... En un lebrillo, la sangre humeante de los tres campeones; en una espuerta, sus plumas en desorden; en una mesa, lacios sus cuerpos blancos; caído en el suelo, un afilado cuchillo manchado de sangre...

Cuán presto se va el placer;

Cómo después de acordado

Dá dolor;

Cómo a nuestro parecer

Cualquiera tiempo pasado

Fué mejor. (1)

(1) Coplas de Jorge Manrique.

No como se transforma la simiente en flor-cilla, con calma, por grados, sino como el relámpago ilumina el cielo rasgando súbito el vaporoso tul, así se operó la mutación en los cuerpos sangrientos de nuestros bellicosos camaradas.

— Angelita, ¿está ya eso?

— Sí, papá; está en el horno terminando de cocerse.

— Y vaya un tufillo apetitoso que trasciende; ¿no te se olvidaría ningún detalle? ¿está bien interpretada la receta?

— Lo está, papá.

Transcurrió un corto espacio de tiempo, y Angelita apareció tan sonriente como siempre, llevando en una enorme fuente un pastel voluminoso. D. Juan se frotó las manos de gusto, mientras nosotros, enterados de su contenido, sufríamos una impresión como la que causara a los súbditos del Rey Monge la famosa campana de Huesca.

Bajo una tapa de hojaldré y apedreada con trufas, se encontraba la carne deshecha, casi molida, de nuestros infortunados compañeros de cautiverio del amplio y frondoso jaulón.

Que el odio separe seres, mientras la naturaleza resurge para el bien y predica el amor; que se odien y combatan por el corto tiempo de una vida los que han de dormir cerca tan prolongado reposo... Es por demás falto de juicio; pero los que, a pesar de todo, se empeñen en ser esclavos de la soberbia, de la ira y del enceno, cómo sucedió a los ánsares de nuestro cuento, les aguarde el fin igualitario de la tierra bajo el dosel del cielo, que es el universal, inexcusable y *verdadero pastel*.

FIN

Yo no quise ver más y me retiré a uno de los ángulos opuestos. Unas cuantasavecillas que presenciaron aquéllo con conocimiento de causa, huyeron despavoridas. Un jilguero de muy despierto entendimiento que dormía en un próximo álamo blanco, compuso un espeluznante romance acerca de ello, que ha llegado a popularizarse entre nosotros y de pico de las aves de aquellos contornos ha llegado a conocerse en todos sitios.

— Angelita, no habrás olvidado pusieran los hígados bien picados dentro del hojaldré.

— No, papá, van dentro.

— Te habrás ajustado en un todo a la receta.

— Sí, papá.

D. Juan sonrió satisfecho y examinó con todo detenimiento aquel importante objeto de repostería, y exclamó muy convencido: Este es el verdadero pastel que yo deseaba. Y sin hacerse ninguno de rogar, entraron muy complacidos, a fines nada misteriosos, tras de la fuente tan celebrada por ellos, como temida por nosotros, que conducía a aquel manjar para unos y para otros frágil mausoleo.

Desde entonces, la narración de esos hechos ha sido famosa entre nosotros los palmipedos y calmó las ansias de lucha que se habían apoderado de aquellas familias rivales y de tantas otras en que para deponer odios mezquinos y críticas venenosas, ha servido de freno la famosa narración de aquel pastel hojaldrado.

No es, pues, extraño que al recibir un trozo de masa que por su forma se parecía al de la trágica narración, no aceptara a picotear aquella pasta, ni aunque se me ofreciera suprimirnos el hígado, que por ser uno de nuestros mayores peligros, es la base y espejuelo del programa político que los ánsares más avisados ofrecen alcanzar, a cambio de obtener nuestros sufragios. En fin—terminó diciendo Jak—ésta es la historia que accedí gustoso a contar y que por tener enseñanzas muy provechosas la conceptúo apta para servir de general ejemplo.

—Indudablemente, Jak, hay cosas en ella que pueden servir de beneficiosa lección; pero sin embargo, quizá no sean tan amplias y universales sus enseñanzas como tú pretendes. En la esfera humana, al menos, es desconocido el

guapo que se atreva a habérselas con un pastel de masa dura, en donde estuvieran aliñadas media docena de personas que yo me sé...

—De todas formas, no es ninguna gansada mi apreciación—dijo Jak—; a todos sin excepción llega el alcance de sus enseñanzas como a destinados a un mismo fin próximo. Todos, y también los humanos, los que ardean de vanidades, los que hieren con lengua ruin, los que hieren con alevoso puñal, los hipócritas, escarnio de la verdad; los cobardes opresores de débiles e ignorantes, todos caerán juntos o poco distantes, casi al mismo tiempo, ¡que bien corto es el paso de las generaciones!

A todos cubrirá el polvo, y polvo serán; luego, de aquella tierra se nutrirán unas flores; a veces, los corazones que alimentaron las más negras pasiones, quizá vivifiquen corolas de los más puros y vivos colores, y donde vivió el escorpión, podrá libar la abeja...

Quizá flores, cuyas raíces aniden en corazones enemigos se manden el polem vivificante que dé origen a otra generación de corolas y de perfumes. Y ¿no servirá de lección?

muerte rápida que les ocasionan las mismas bacterias cuando son hipertóxicas y resulta completamente inofensiva para los niños y para los bueyes, inyectada en el tejido celular subcutáneo: produce en el sitio de la inoculación una ligera flegmasia caracterizada como todas, por tumefacción, rubicundez y aumento de temperatura: estos efectos locales duran poco y van acompañados de una ligera reacción térmica general, que también desaparece por sí sola.

Se inyecta a los niños, de medio a un centímetro cúbico en el tejido celular subcutáneo de la pared torácica o de la región abdominal: transcurridos uno o dos meses, de la primera vacunación, se practica la segunda inyectando la misma cantidad de vacuna: si se quiere conferir una inmunidad mayor, dése después de dos meses otra inyección igual a las anteriores: para evitar la anafilaxia, se coloca una décima de jeringuilla de hora en hora, hasta tres, y a la cuarta hora el resto de la jeringuilla.

La edad mas apropiada para empezar, es, entre seis meses y dos años.

Hay más detalles, pero es bastante para afirmar que no es un disparate científico, ni cargo de conciencia lo he hecho hasta aquí.

Y es lástima que seamos nosotros los primeros en desacreditarnos y maltratarnos públicamente.

DR. GÓMEZ PLANA

Exageraciones, errores y espíritu de sistema en educación física ⁽¹⁾

Los buenos efectos del ejercicio físico no se obtienen sino a condición de no cometer ni exageraciones ni errores al dosificarlo. Se peca por exageración, sobre todo en la infancia y en la adolescencia.

Durante la infancia (de los seis a los trece años) los niños y las niñas están en pleno crecimiento. Tienen, ante todo, necesidad de una vigorosa salud. Ninguna adaptación urgente les es necesaria. No se podría tratar especialmente en este período de la vida, del desarrollo muscular. El esqueleto, como se sabe no comienza a adquirir su pleno movimiento sino a partir de la edad de veinte años. Antes de esta edad las soldaduras óseas están incompletas. Así, las vértebras no terminan su osificación sino entre los veinte y los veinticinco años; las piezas superiores al esternón, entre veinticinco y treinta años; el ángulo inferior de él y el borde espinal del omoplato, entre veintidos y veinticuatro años; la extremidad superior del húmero, entre veinte y veinticinco años.

Durante toda la primera parte de la vida hasta el año vigésimo, los huesos

(1) Trabajo presentado por el Dr. Gallet con motivo de una información hecha en las escuelas de Beneficencia belgas, respecto a la aplicación del espirómetro. Publicado en *La Protection de l'enfance*, Bruselas.

son relativamente maleables. Además, los músculos, no tienen, durante todo este período, los puntos de adherencia tan sólidos como después de los veinte años.

Se evitará, pues, que los niños y los adolescentes se entreguen a maniobras de fuerza, o sea a ejercicios que tengan por efecto endurecer los músculos. Estos últimos, hipertrofiados por una gimnasia intespestiva, pueden, en cierta medida, por razón de su desenvolvimiento prematuro en ancho y grueso y por el juego de su tonicidad propia demasiado acrecentada, oponerse al alargamiento de la talla.

No siempre se han tenido en cuenta estas reglas fisiológicas.

Así, en el Congreso de Educación física, en 1913, se nos presentaron niños que habían sido entrenados prematuramente en las prácticas del atletismo. Sus proezas han quedado en la memoria de todos aquellos que fueron testigos de ellas. Se les vió realizar habilidades notables, y el público les aplaudió con entusiasmo. Aplaudía un error fisiológico.

Después de seis años he vuelto a ver algunos de estos pequeños prodigios de atletismo, cuyos músculos estaban ya hipertrofiados. El alargamiento de su talla se ha detenido prematuramente, y nunca se han adquirido el desenvolvimiento en altura que permite al cuerpo humano adquirir bellas proporciones. Han sido pequeños; sin gracia y sin esbeltez.

Antes de los trece años la educación física será higiénica. Se dirigirá a desenvolver las grandes funciones: respiratoria, circulatoria, articular, etc. Procurará perfeccionar la coordinación nerviosa. Pero en ningún momento, lo repito, desenvolverá sistemáticamente los músculos.

De los seis a trece años, la educación física será objeto de la vigilancia constante del médico. Nuestros compañeros no van con bastante frecuencia a las escuelas para vigilar la higiene, primero, la educación física, luego. El médico debería ser el colaborador del educador en el curso mismo de las lecciones.

En este período de la vida no es posible más prueba que la prueba médica. El médico es quien *categoriza* los niños de manera que las mismas lecciones y los mismos juegos reunan en lo posible a los alumnos del mismo valor fisiológico.

He aquí como se puede resumir el ciclo de la educación física elemental en lo que concierne a los procedimientos aplicables a las diversas categorías de niños:

1.º Para los más jóvenes (seis a nueve años próximamente): juegos de imitación, pequeños juegos, actitudes educativas y correctivas, ruedas, marchas cantadas.

2.º Para los medianos (de nueve a once años próximamente): movimientos educativos simples, pequeños juegos de imitación, marchas cantadas: natación.

3.º Para los mayores (de once a trece años próximamente): movimientos educativos simples, pequeños juegos, como de nueve a once años, con adjunción de aplicaciones elementales (carrera, salto, trepar, llevar, etc.).

Durante la adolescencia (de catorce a diez y ocho años) los tejidos todavía no acabados prosiguen su formación; no tienen la fijeza de constitución de los del adulto. El doble movimiento de asimilación y desasimilación es extremada-

mente activo. Los sujetos de esta edad son aun verdaderos niños, en el punto de vista fisiológico. Su resistencia es débil y su fuerza muscular es inferior a la que se les podría suponer, no considerando más que su talla. La función respiratoria está sujeta a grandes variaciones, el número de las respiraciones es muy inestable. La fatigabilidad de los órganos es grande, y la comprobación médica, de su funcionamiento se impone frecuentemente a los educadores.

Se debe notar que los muchachos de esta edad, a menudo debilitados por la vida confinada que se les hace llevar, no tienen la noción exacta de sus fuerzas ni de los medios físicos de que disponen en realidad. Se creen generalmente más resistentes que lo son de hecho. Los maestros de educación física tendrán el mayor cuidado de la fragilidad del organismo en este período de la vida y no harán ejecutar a sus alumnos ningún ejercicio de fondo ni de fuerza. Seguirán no obstante, una progresión regular que esté en relación con la capacidad fisiológica de cada sujeto.

Hacia los catorce o quince años los efectos de la pubertad aparecen. La talla aumenta rápidamente, los miembros se alargan, pero las masas musculares permanecen delgadas. Las extremidades de los huesos son asiento de una viva congestión que hace las articulaciones particularmente frágiles en relación con los traumatismos. Pesadez, dolores vagos en las rodillas, los hombros y la región lumbar traducen esta sobreactividad de la nutrición al nivel de las principales articulaciones. El funcionamiento del sistema nervioso puede ser perturbado; el sueño es a veces agitado, la irritabilidad y nerviosísimo aparecen.

La fatiga sobreviene prontamente. La intoxicación del organismo por los desechos, tras un trabajo físico algo intenso, se acusa rápidamente por la fiebre. Parece que el adolescente halle durante este período en estado de menor resistencia. Todo esfuerzo sostenido le agobia.

Cuando un sujeto de esta edad cesa de pronto, sin razón aparente, de complacerse en sus juegos o sus ejercicios preferidos no se debe contrefinirle a ellos demasiado vivamente. A menudo, obrando él así, obedece a un instinto que le hace ajustar su gasto físico a sus disponibilidades orgánicas.

El maestro tiene en esta época de la vida un papel particularmente delicado. Sus exigencias serán moderadas. Deberá tener constantemente asegurada la colaboración del médico. Obrará juiciosamente eligiendo sobre todo los ejercicios y los juegos preferidos de los alumnos.

Los dosificará con una atención particular e intervendrá para impedir toda exageración. Muchos jóvenes, y aún más los padres, se han hecho irremediablemente hostiles a todo ejercicio físico, y sobre todo a los deportes, por haber visto los estudios del alumno interrumpidos, o a éste caer enfermo a causa de accidentes repetidos o graves.

Más tarde, de los diez y seis a los diez y ocho años, los adolescentes han dejado de ser niños. Los huesos han adquirido resistencia y los músculos se han desenvuelto de pronto. Sus relieves empiezan a dibujarse. La resistencia a la fatiga, el adolescente se siente más vigoroso, y busca instintivamente la ocasión de emplear su fuerza. Ha llegado para el educador el momento de cultivar la energía muscular de los alumnos y de orientarlos poco a poco hacia los ejercicios de

fondo y de fuerza. Pero no hay que abordar éstos de pronto y abandonar al adolescente al ímpetu de las primeras tentativas siempre pasionales.

El organismo no presenta todavía una resistencia perfecta y hay que guardarse de comprometer el equilibrio fisiológico de las diversas funciones, los cuales deben desenvolverse paralelamente. Ninguna de ellas podría en esta edad adquirir preponderancia sin comprometer la salud general del sujeto.

Guardando juiciosamente los ejercicios, se favorecerá el desenvolvimiento regular del corazón y de los pulmones; se obrará de la manera más feliz sobre la coordinación nerviosa y se suscitará el espíritu de decisión.

La realidad del tipo completo: tipo de fuerza, de fondo y de velocidad, debe ser la obra del adolescente en las proximidades de los diez y ocho años. Entre los diez y seis y los diez y ocho años es cuando los servicios de educación producen los efectos correctivos más eficaces para combatir las deformaciones hereditarias y las causas por la sedentariedad escolar. En esta época de la vida, el esqueleto completamente osificado es todavía relativamente maleable y los músculos no han adquirido todo su desenvolvimiento.

El peligro de las exageraciones en cultura física, en este período de la vida, es grande. Esos ejercicios deben tender a un desenvolvimiento armonioso de todos los órganos. El médico debe apoyar, cada vez que sea necesario, la acción del instructor, y en los casos delicados, guiarlos.

He visto a niños de catorce y quince años correr más de 500 y 800 metros. Yo estaba en la llegada: ¡ay! la mayor parte se hallaban exangües, pálidos, a punto de caer en síncope; el uno, tenía 200 pulsaciones en el corazón; el otro, más de 200. Sé que el corazón de los niños tiene una elasticidad admirable y que se adapta a todas las tareas, pero sé también que no serían necesarias muchas hazañas de este género para traer dilataciones agudas del corazón, seguidas pronto de trastornos graves de la nutrición general y de detención del crecimiento.

¿Es ésta educación física bien comprendida? No. Que los niños corran sin duda. Están contruidos por la carrera; pero que corran solamente en los juegos siempre interrumpidos por descansos; que no corran nunca en largas distancias ni en competencia.

La salud y la resistencia orgánica son los fines principales a que ha de admirar el maestro de educación física entre los trece y los diez y siete años.

La práctica de los ejercicios físicos se hará siempre atrayente, a fin de que sea un derivativo feliz y un correctivo necesario a la dura labor intelectual impuesta a los adolescentes. Las sesiones de educación física no serán patrimonio exclusivo de los malos alumnos de las escuelas y los liceos. Reunirán a todos los adolescentes sin excepción, a todos los jóvenes obreros a la salida del taller, en una aspiración común al perfeccionamiento fisiológico. Serán acaso la salvaguardia más eficaz contra las tentaciones de toda suerte que asaltan al joven desocupado y, en este punto de vista, su papel moralizador podrá ser inmenso.

Para coronar la educación física secundaria y sancionar la práctica de ella, los adolescentes deberán sufrir un examen, una especie de bachillerato de educación física, el cual dará testimonio de que los sujetos que hayan pasado las pruebas con éxito, han alcanzado un desenvolvimiento normal en todas las par-

tes de su organismo, y que están aptos, para abordar sin peligro las prácticas de la educación deportiva y atlética.

Sólo después de haber obtenido un bello desenvolvimiento orgánico, por las práctica de una educación física prudente y racionalmente conducida hasta las proximidades de la edad de diez y ocho años, podrá el adolescente, por virtud de disposiciones nativas, especializarse con éxito en los deportes o en una rama del atletismo.

Es un error el someter a las competencias deportivas y atlética sujetos que no han sido jamás examinados, jaulas torácicas estrechas, corazones deficientes, rñones cuyo funcionamiento se desconoce, sistemas nerviosos cuyas reacciones se ignoran. La fatiga no debe ser la misma para todos.

La educación física es una cuestión de medida. Los procedimientos deben ser exactamente dosificados. Además, no hay que ver el gesto, el estilo, al lado deportivo hay que ver los efectos. Del mismo modo que en todas las artes, hay que considerar no sólo la técnica, y la ciencia del artista, sino los resultados de la producción artística, así en educación física, hay que aplicarse a obtener de los ejercicios los efectos que se buscan.

* * *

Al lado de estas exageraciones, están los errores. La gimnasia respiratoria practicada en el mismo sitio, en sala o habitación, cuando el conjunto del cuerpo permanece inmóvil, es uno de ellos. La Fisiología nos enseña que las oxidaciones, son activas, sobre todo en nuestros músculos. Mientras que un kilogramo de músculo en reposo es atravesado en una hora por 12 litros de sangre, fija 0,307 litros de oxígeno y libera 0,221 litros de ácido carbónico, este mismo kilo de músculo en acción 6,207 de oxígeno y elimina 3,835 litros de ácido carbónico. La intensidad de las oxidaciones, y por consiguiente de la nutrición, es proporcional a la actividad muscular. Nos engañamos, pues, cuando pretendemos hacer provisión de oxígeno ejecutando, sin cambiar de sitio, los movimientos de la gimnasia respiratoria. Sin duda se ventilan los pulmones, pero el aumento del oxígeno que en ellos entra por las grandes ampliaciones de tórax, es arrojado casi en totalidad en el aire aspirado. No es fijado sobre abundantemente en la intimidad de los músculos, porque aparte de los que mueven la caja torácica, los otros, es decir, el mayor número de ellos, no trabajan. La gimnasia respiratoria practicada sin moverse del sitio es impotente para acrecentar las oxidaciones. Diez minutos de carrera o de boxeo producen este resultado más eficazmente que una hora de gimnasia respiratoria en una sala o en un cuarto. «Cuando quiero desenvolver el pecho de un muchacho—decía Lagrange—le hago correr; si se trata de una niña, hago que salte a la cuerda.»

¿Es ésto decir que haya que condenar como inútiles los movimientos de la gimnasia respiratoria? De ninguna manera. Estos movimientos sometidos a la acción de la voluntad son útiles hasta al atleta que quiere restablecer la calma en pecho sofocado.

* * *

Cuando se han evitado las exageraciones y los errores hay aún que desconfiar del espíritu de sistema. Hay métodos de educación física que tendrían por sí mismos una especie de virtud secreta, fuera de los cuales todo lo demás no sería sino error.

Estos métodos no existen. Así, el calificativo de *sueco* ha conferido propiedades mágicas a los procedimientos a los cuales se unía. Gimnasia sueca, masaje sueco, fueron, y para algunos son todavía, cosas sagradas y por definición eficaces.

En la hora actual, los monitores suecos, como los de Joinville, hacen ejercicios de flexibilidad a manos libres, ejercicios de oposición, de equilibrio, trabajan en los aparatos, manejan barras con esferas, discos, picos, en una palabra, emplean los mismos procedimientos que nosotros.

La verdad es que los movimientos que el hombre pueden ejecutar se reducen a seis grupos: flexiones, extensiones adducciones, abducciones, rotaciones y circunducciones. Pero hay la manera de utilizarlos y de combinarlos, el orden en que deben sucederse, su extensión, su dosificación para las diferentes edades, para cada sexo y para cada constitución. La educación física no es más que una cuestión de medida.

Método de Amorós, métodos de Jahn, de Ling, de Demeny, de Hébert, de Desbonnet, de Duncan, de Dalcroce, método de Joinville; esto se dice muy pronto. Bajo estos vocablos se ocultan diversas modalidades del movimiento. En verdad, los resultados fisiológicos son idénticos cuando los ejercicios se hacen bien: se traducen por la salud del que los ejecuta.

Mirando a la exactitud, hay que librarse de toda doctrina catáloga y no hablar sino para ayudar a la memoria, de estas bellas concepciones esquemáticas, por las cuales se pretendía representar la gimnasia de escuela. Haciendo ésto, se han cometido sólo errores. Se ha hecho caer en descrédito procedimientos que producían buenos efectos. Se ha rodeado de una atmósfera antipática lo que no merecía ser juzgado desfavorablemente. Con tales hábitos, el rechazar un método se trae la necesidad de adoptar otro que se le opondrá. Seamos prudentes y modestos en la creación de nuestros bellos sistemas educativos. En materia de educación física humana nadie puede lisonjearse de haber descubierto un procedimiento nuevo. Las competencias deportivas no datan de ayer. Lanzaban el disco acaso mucho mejor que nosotros en el siglo de Pericles, y se conocían hoy más de doscientas danzas griegas que los ciudadanos ejecutaban en los desfiles rítmicos que acompañaban a las fiestas religiosas.

DR. MAURICE BOIGEY

(Médico mayor de primer clase, médico jefe
de la escuela de gimnasia de Joinville.)



Aleluyas educativas

A los mayores da la preferencia,
Y habla con gran respeto en su presencia.

*
*
*

Con padre o madre o superior recuerda
Que debes, niño, ir siempre a la izquierda.

*
*
*

Cede por regla general, prudente,
Al superior el sitio preferente.

*
*
*

Con personas de gran categoría
Debemos redoblar la cortesía.

*
*
*

Al entrar o salir de un aposento,
Al superior da preferencia atento.

*
*
*

Cuida de ir siempre limpio y cepillado,
Y evita mucho andar desabrochado.

*
*
*

Cuando a un juez recomiendes un asunto,
Si en la justicia cabe, añade al punto.

*
*
*

En la oportunidad sólo consiste
El que haga efecto en sociedad un chiste.

*
*
*

Bueno es festivo ser, mas no payaso;
Del bufón se hace siempre poco caso.

*
*
*

Chanzasson las que dan los hombres cultos,
Las del mal educado son insultos.

*
*
*

Hablar de todo prueba comúnmente
Que de nada se sabe suficiente.

B. DE ARDILLA.

Pipotes, Tetinas y Biberones

Se presenta en estos días al Parlamento francés una proposición de ley suscrita por dos eminentes médicos, solicitando la prohibición legal de las tetinas y el uso de biberones con tubo de cristal interior.

En el segundo de los dos artículos que comprende la proposición, se demanda la recogida de cuantos objetos dedicados a ese uso se pongan a la venta.

No estará de más, con ese motivo, hacer algunas reflexiones acerca de ese interesante punto, pues si bien no cabe esperar que en España trasciendan esas disposiciones a la esfera legal, pueden, en cambio, servir para divulgar los serios inconvenientes que el uso y abuso de tan perjudiciales artefactos tienen para los niños.

Ya es cosa muy sabida, que el biberón debe ser lo más sencillo posible: liso, limpio, libre de surcos, resaltes, letras, cuello de reborde con hundimiento y del todo transparente el vidrio: los que tienen señaladas las cantidades correspondientes en gramos para graduar la cantidad con arreglo a cada toma, según la edad, deben estar con un simple deslustrado blancuzco y bruñido después, para no quedar convertido en superficie absorbente.

El biberón de tubo, es de difícilísima limpieza, o más bien, esterilización, por lo que la ventaja de hacer más fácil la succión, conservando al mismo tiempo mejor el calor, no compensa el inconveniente: los dos sitios más peligrosos del biberón son el reborde inferior del agujero central y el reborde donde enchufa la boquilla: ese surco es el nido de los microbios, de la suciedad, de las fermentaciones, de los residuos, y allí debe preferentemente dirigirse la limpieza con el agua hirviendo, con la solución jabonosa, con el estilete o barrita de cristal mojado en iodo y el enjuague caliente final.

A ésto debe acompañar, y es una verdad de Perogrullo, la escrupulosa limpieza de las manos, sin la que todo se inutiliza: el jabón de glicerina, agua bien caliente y una ligera fricción con alcohol, suelen bastar; y como todo se relaciona, nada mejor para secar, que una toalla lisa y planchada, desdoblada en el momento de sacarse sin contacto con ningún objeto: no puede pretenderse tampoco, para el uso diario, la perfección de un laboratorio o de una sala de operaciones. Mirando los biberones a la luz viva, por transparencia, se suelen ver restos de leche anterior o corpúsculos, que pasan desapercibidos a simple vista.

Conviene tener un sitio dedicado a esas faenas, con agua hervida, lámpara de alcohol y las vasijas necesarias para la boquilla.

Boquilla de cautchout, con dos agujerillos, bien ajustada, dejando la parte de succión no muy prolongada, para que el vigoroso acto de succión haga más completo el vacío y la deglución sea más rápida.

Esta precaución, que parece leve, es de importancia grande en los casos frecuentes de lactancia mixta; porque si el niño se acostumbra a una tetina larga y gruesa, cuando le toca mamar del pecho de su madre, echa de menos la superficie de succión, trabaja más, saca menos, se impacienta y suele dejar de mamar, con evidente perjuicio, pues la leche de la madre, aun siendo mediana, es siempre preferible a la de cabra, vaca, burra o condensada.

Los fermentos vivos de la leche materna, están destruídos por el calor en las leches industriales.

Las boquillas deben ser dos: una, aplicada en el momento de dar el biberón, y la otra, hervida, y en agua boricada, también hervida, hasta el turno de aplicación: observar siempre la boquilla antes de ajustarla, por si tiene alguna suciedad, polvo o restos de leche anterior.

En todas éstas al parecer minucias, estriba el secreto de muchas lactancias artificiales; éxitos o fracasos, que dependen de guardar o no esos requisitos: éste, en cuanto al biberón se refiere; porque la leche, es tema aparte.

Para el lavado interior de los biberones es útil el agua con bicarbonato de sosa y bórax; para un litro de agua, se pone una cucharadita pequeña del bórax y doble cantidad de bicarbonato de sosa: se hierve diez minutos todo junto y se tapa con tapón de cristal o cautchout rojo: así, se previene y combate la fermentación ácida residuaria antes de utilizar el biberón.

Respecto a las tetinas llamadas chupones, tan universalmente usadas, los inconvenientes que tiene, son los siguientes:

1.º Cansa inútil y perjudicialmente al niño, con un esfuerzo bucal continuo.

2.º Casi siempre hace tragar al niño una cantidad grande de aire, que le dilata el estómago.

3.º El estómago dilatado, digiere mal; y ésto es tanto más de tener en cuenta, porque el niño, al ingerir leche, contrae su estómago de manera permanente, como no ocurre en el adulto; y por tanto, el esfuerzo de contracción con el aire tragado, es mayor; subsiguiendo la relajación de las fibras musculares, la regurgitación con pérdida de leche al paso prematuro de ésta al duodeno y una incompleta acción de los jugos gástricos.

4.º Al par que chupa el niño, provoca un aflujo de saliva excesivo, que no actúa sobre el alimento. Y al llegar al estómago forma con los ácidos un compuesto, no sólo sin efecto por falta de medio sobre que actuar, sino atacando la mucosa gástrica, neutralizando una cantidad de jugos que hará falta para la digestión de la leche.

5.º Cuando toma el pecho, acostumbrado a tener siempre algo en la boca, quiere seguir mamando, sin ser necesario; y cuando es de noche (este caso es frecuentísimo), queda dormido al pecho, la madre se duerme también, se ingiere una cantidad de leche desproporcionada, la madre se aniquila, el niño no se sacia ni se alimenta bien, y todos pierden.

6.º En los casos en que el niño se queda dormido, si el sueño no es muy profundo, queda la boca en contracción tónica, o sea, permanente, con lo que se sigue haciendo la succión, se sigue tragando aire, saliva y mucosidades.

Algunos niños *barrigones*, lo deben a la cantidad de aire que tragan por ese medio.

El descanso que tienen las madres a cuenta de los chupones, redonda en perjuicio de todos.

Bueno es insistir en todo ésto, aun sabiendo que es difícilísimo extirpar esa mala costumbre; cuando menos, que se vaya atenuando.

El niño es a lo que se acostumbra; en mayor y mejor escala que los adultos de ambos sexos.

El proyecto de ley, que tiene grandes probabilidades de ser aprobado en Francia, traerá una reforma radical en ese capítulo de los cuidados infantiles.

Preparar el terreno aquí, es obra de cultura y de salud.

GOPLA

VARIA

De enhorabuena

Lo está indudablemente, nuestra Revista, al insertar en sus páginas un notabilísimo trabajo *remitido exprofeso* para la misma por su ilustre autor el Excelentísimo Señor D. Ricardo Royo Villanova, Catedrático, Rector de la Universidad de Zaragoza y Senador por la misma, quien por su labor en la cátedra, la pluma y la clínica, resalta extraordinariamente entre las mentalidades de nuestro país.

Mostramos nuestra gratitud al Sr. Royo Villanova y anunciamos a nuestros constantes favorecedores nuestro propósito de que no sea la última vez que avaloren nuestra publicación firmas del mayor prestigio entre la intelectualidad moderna.

